

La Segunda Guerra Carlista, guerra de vascos

(The Second Carlist War, war of Basques)

Antoñana Chasco, Pablo
Ansoleaga, 16 - 2^º
31001 Pamplona

BIBLID [1136-6834 (1998), 26; 209-214]

El planteamiento y desarrollo de la segunda guerra carlista tiene tres claves no convenientemente descifradas: defensa del antiguo régimen representado en el Pretendiente, Foralidad como regreso a las viejas instituciones, defensa de la religión católica cuando el liberalismo imperante suponía cercén de los privilegios de la Iglesia de Roma. Las tres se encuentran confluyendo en un mismo territorio: Euzkalerria, donde se establece el Estado Carlista, y la guerra que tiene vigor pues en los otros territorios del Estado español es mera anécdota.

Palabras Clave: Guerras Carlistas. Siglo XIX. Relación con Euskal Herria.

Bigarren gerra karlistaren planteamendu eta garapenak oraino behar den bezala deszifratu ez diren hiru gako ditu: Erregegaiak ordezkatzeko zuen antzinako erregimenaren defentsa; Foralitatea, instituzio zaharretara itzulera gisa, eta erlijio katolikoaren defentsa, nagusi zen liberalismoak Erromako Elizaren pribilegioak mozten zituen garaian. Hirurak lurralde batean biltzen dira: Euskal Herria, bertan Estatu Karlista ezarri eta gerra indarrean izan baitzen, Espainiako Estatuaren gainerako lurraldeetan gerra hura anekdota hutsa izan zelako.

Giltz-Hitzak: Gerra karlista. XIX. mendea. Euskal Herriarekin harremana.

Il y a trois points clés qui n'ont pas été convenablement déchiffrés dans l'énoncé et le développement de la seconde guerre carliste: la défense de l'ancien régime représenté par le Prétendant, les "Fueros" comme retour aux vieilles institutions, la défense de la religion catholique lorsque le libéralisme régnant supposait la diminution des privilèges de l'Eglise de Rome. Les trois confluent en un même territoire: Euzkalerria, où s'établit l'Etat Carliste et où la guerre fait rage alors que dans les autres territoires de l'Etat espagnol elle n'est que simple anecdote.

Mots Clés: Guerre carliste. XIXe siècle. Relation avec le Pays Basque.

Le he dado este título y no sé si con mucha exactitud a lo que voy a exponer. Ante todo soy escritor y no entendido en historia, aunque por la historia siempre sentí pasión y lo único que he pretendido ha sido indagar, desovillar la enredada maraña de este pueblo al que perteneces. No he tenido otra ayuda o instrumento que la curiosidad, sabiéndose que el ser curioso es componente primordial para la investigación, es hacerse preguntas y buscarles respuesta.

Si digo guerra de vascos es porque aquí con toda su intensidad se produjo el hecho. Aquí se esbozó y mantuvo el esqueleto de un Estado, el Estado carlista, moderno, de su tiempo, que emitió moneda, sellos de correos, tuvo Aduanas y Ministerios, Universidad, Tribunal Superior de Justicia, Servicio de Intendencia y una Corte, aunque se le llamara errante, tuvo el reposo suficiente para celebrar fiestas, paradas militares, intrigas y fastos. Es que había un territorio consolidado, "las cuatro provincias", en el que se pudo organizar un ejército regular, una administración civil centralizada y otra paralela y autóctona que no funcionó como pretendía conforme a las viejas leyes, aunque sirvió para suministrar pertrechos, raciones, mandos militares y una tropa fervorosa. Sin este fervor y asistencia la segunda guerra hubiese durado unos pocos meses, quizá días.

Pues los otros focos del levantamiento militar tuvieron poca consistencia. En Cataluña fue cosa de pequeñas columnas de gran movilidad cuyos hechos bélicos duraban solo horas, mientras que en el País Vasco-navarro, como le llamaremos usando vieja aunque no muy propia terminología, duraban días. En el Centro, es decir lo comprendido por las provincias de Zaragoza, Tarragona, Cuenca y poco más, no había tampoco territorio "liberado" y la guerra se reducía a expediciones militares de carácter punitivo y era una diversión entre perseguidores y perseguidos. Llegan a Cuenca, cogen caballos, armas y municiones y salen en fuga. Aragón algo parecido.

Es por eso que llamo "guerra de vascos" a la segunda carlista. Sólo aquí se dio, sólo, al parecer, aquí se podía dar. La pregunta sin responder que traigo aquí es: por qué.

Hay mucho adelantado en los estudios hechos sobre averiguación de causas, mucho libro escrito por cada uno de los bandos, mucha proclama, soflama, arenga militar, sermones, que en vez de alumbrar ciegan caminos. Falta un dato para acercarnos mas al problema: la documentación que no deja al descubierto ninguna guerra y que son las memorias y cartas desde la trinchera de los combatientes. Ha sido mi preocupación ya constatada en "Noticias de la Segunda Guerra carlista". Hubiera querido visitar el alma de un soldado acosado por la fatiga de la marcha y la contramarcha, el sueño, la vigilia, la noche, la lluvia, instilarme en ella y aplicar mi oído a sus latidos. Esos mismos combatientes que tras la ganada-perdida batalla de Lácar o el destrozo y desmoranamiento en Elizondo gritaban "traición, traición", o los que cantaban la copla: "Elío vendió a Bilbao/ y Mendiri el Carrascal, Calderón el Montrejorra/ y Pérula todo lo demás". Hubo sí muchos hermosos libros, casi comprendidos en lo que llamaríamos libros de viaje, escritos por legitimistas franceses, o curiosos que visitaron el campo de guerra. El testimonio del soldado sería muy útil para conocer los entresijos de esa guerra y acercarnos hasta saber lo que oculta la parcialidad del libro. Porque lo que dicen los libros ya lo sabemos.

En mi poder obran unas hojas mecanografiadas y en idioma inglés que reproducen las cartas que Vincent Kennet, médico británico asignado al Hospital de Irache, en la Sociedad

(sic) La Caridad, escribe a su madre. Suministra datos preciosos y de primera mano, pues él estuvo allí, canjeando prisioneros, asistiéndoles, oyendo sus gritos y blasfemias.

En ellas se lee: "They are fighting for a good a noble cause:the cause of God and their King but they do not hesitate to admit that they also fighting for their lierties and Fueros wich the *rest of Spain do not feel disposed to allow them*".

En otra "no tengo interés en el éxito de ningún bando pero admiro inmensamente *el coraje y los altos principios de los soldados regulares carlistas* que han dejado sus mujeres, sus hogares, todo lo suyo para luchar por una causa que ellos creen justa. "Los carlistas han sido capaces de organizar un estado moderno en miniatura dentro de los confines del espacio pequeño de las provincias vascas". En otra "ésta es una vergonzosa guerra donde todo el mundo (los militares) busca únicamente su ascenso". En una cuenta a su madre cómo le quieren convertir al catolicismo las monjas de Irache. Hay muchas más observaciones sobre la miseria y la atrocidad de la guerra, y se compadece de los soldados heridos y mal curados en hospitales de sangre.

De este directo encuentro se sacan datos que pueden servir para una exploración interpretativa. La guerra pertenecía a la estructura militar que la había organizado y el porque "únicamente el ascenso", el fervor del soldado "han dejado sus mujeres, sus hogares para luchar por una causa que creen justa", y el hecho de "organizar un Estado moderno miniatura en el espacio pequeño de las Provincias Vascas".

A partir de ahí lo que voy a hacer es no afirmar sino dudar, tan solo atisbos y algo de provocación que pudiera servir para que alguien los estudie con más sosiego. Cuando recibí invitación de Eusko Ikaskuntza, tenía menos dudas de las que tengo ahora o a la inversa, muchas se han disipado originando otras nuevas.

Por ejemplo, ¿el ejército de Don Carlos sintió fidelidad a los principios de los ideólogos carlistas o se convirtió, como el artillero Antonio Brea, movidos por la ocasión de la llegada de Don Amadeo y la Primera República? ¿Los movió el grito de "abajo el extranjero" dado por el Pretendiente desde Ginebra? Este mismo ejército, y el mismo Don Carlos, al fin Borbón, de haber ganado la guerra, hubiera respetado la organización foral, que a duras penas estaba siendo restablecida y a la vez reivindicada? ¿Hubiera ese mismo ejército consentido el establecimiento de un Estado teocrático como el estructurado en el ideario carlista? Preguntas nada ucrónicas sino objeto de meditación. Conviene tenerlo en cuenta, dado el trato cortés y respetuoso que se daban entre sí la oficialidad, aún caídos prisioneros, y así se vio en el canje del campo de la Alberquería, en Viana, 1873, donde bebieron, fumaron y bailaron juntos recordando sus tiempos de Academia. Quizá ese no identificarse al completo con "la pasión carlista" que movía al soldado produjo el desmoronamiento, ya una vez restaurado en su trono Alfonso XII y reconocido por la Santa Sede, a pesar de que el territorio del Estado Carlista, Euskalerría, y su ejército habían sido consagrados al Sagrado Corazón y renunciado al *pase regio* de nombramiento de obispos.

Otra pregunta: qué le incitó a este pueblo a soportar la ingente contribución económica al esfuerzo bélico hasta dejarlo agotado. Abasteció a los dos ejércitos, y no fue resarcido. Hasta ayer mismo he visto montones de papel en fajo o carpeta, conteniendo recibos de raciones de suministro de pan, carne, vino, cebada, carbón para los braseros del retén de

guardia, a la espera de ser reconocida por el Gobierno de Madrid la reclamación presentada y no atendida. Ciertamente que este era un país "sedicioso" y a la postre derrotado. Un país que "al comenzar el año de 1874, dominaban las armas carlistas todo el territorio vasconavarro, desde el Cantábrico y la frontera (con Francia) hasta el Ebro, excepción de las cuatro capitales, (aun cuando Pamplona y Vitoria, no está claro), las villas de Tolosa, Guetaria, Irún Hernani y la Ribera de Navarra", según Cesáreo Montoya, que oculta a Telesforo Cesáreo Lacarra Montoya, primer eslabón de la ilustre familia de abogados de Estella. Coincide con las denominadas con insistencia en este tiempo "las cuatro provincias", "las provincias hermanas" o el País Vasco-Navarro, sin miedo ni tapujos en libros, despachos oficiales, bandos de guerra, arengas de uno o de otro bando, denominación y sentimiento que duró hasta la guerra del 36, que ya no fue guerra de vascos, sino entre vascos.

Sabemos y hay abundante constancia de que el levantamiento fue acogido con entusiasmo, con gran entusiasmo. Los que conocimos la sublevación militar del 36 en tierras de Navarra, podemos sin hacer gran esfuerzo dar el salto e incorporarnos al estado de ánimo de las gentes que el 72 llenaron los caminos en busca de armas. Hay mucho de mimetismo, tradición o recuerdo acumulado. Oigamos otra vez a Cesáreo Montoya: "...muchos clérigos dieron ejemplo marchando a la cabeza de sus feligreses, las mujeres animaban a los tímidos, encendían a los tibios, insultaban a los indiferentes o contrarios. Ellas mismas colocaban en el pecho de sus maridos y de sus hijos el corazón simbólico, "detente bala"... aquello era un vértigo sólo comparable al que produjo la publicación de las primeras Cruzadas. El gobernador de Navarra escribe a sus superiores: "...toda la juventud de Navarra guiada por varios curas y los jefes designados salían de sus casas aclamando a los que les guiaban". Esto mismo vi el 36 y no quito una coma. Solo separaba lo acontecido sesenta y cuatro años. Una apoteosis.

En notas aparte he recogido algunos datos que confirman los parentescos, el ideario, casi la misma anécdota como en un puro calco. Convencido de ello, una mimesis, me he permitido la licencia de llamar a la del 36, "la tercera guerra carlista". La diferencia única es que en la del 36 sí entraron al fin en Bilbao y que el carlismo la ganó al mismo tiempo que sufría la decapitación de su sueño, la gran derrota, de la que no se recuperaría nunca jamás. Fue el acta de su defunción. Otra diferencia es que la Segunda fue guerra romántica, menos sanguinaria, y carente de la crueldad, la ignominia, la saña y la furia vengadora que tuvo la del 36. Y la Segunda fue guerra de vascos, y la Tercera fue guerra entre vascos.

Uno de los aspectos que se ha querido ver como capital en el levantamiento militar del 72 ha sido considerar el recuperar la organización foral anterior al Convenio de Vergara. Voy a pasar sobre ascuas por encima de este aspecto, pues todos los intentos de revivir las instituciones forales no tuvieron el éxito pretendido, pues urgía la necesidad de ganar la guerra. La reintegración foral vendría después. No vino. Había territorios en los que se insistía con ardor en el deseo de restauración o reintegración foral, ejemplo Vizcaya, otros menos calientes, Alava o Guipúzcoa, y el menos todavía Navarra pues ya había sido incorporada a muchas de las instituciones del Gobierno Central sin apenas resistencia. Se ha querido ver en la Segunda Guerra un intento de resucitar lo que estaba muerto o casi y necesitado de retoques y reformas conforme a los aires del tiempo. Esta discrepancia produjo inanidad, lentitud en la vivificación del Fuero, las Juntas Generales, las de Merindad, y hasta se quiso crear y se creó un Centro Vasco Navarro, auspiciado con ahínco por la Diputación de Vizcaya, pero cuyo

peso fue disminuido por Voluntad Real temeroso de que este Cuerpo pudiese entrar en tratos con el enemigo. Suposición nada descabellada. No hubo pureza en el restablecimiento de las leyes viejas y además surgieron los conflictos con lo que llamaríamos gobierno central, que es el que con sus Ministerios giraba alrededor del Augusto Amo. Había incongruencias que suponían dejación, como el servicio militar obligatorio establecido conforme a la Ordenanza de Carlos III, y que contravenía el Fuero. El de Navarra decía textualmente: "no se reclute gente de guerra si no entra hueste en el reino". Pero ya había habido tantas agresiones como denuncia Jose M. Esparza en su libro "Abajo las Quintas", que una más poco importa. Había una urgencia a la que atender, la guerra, por lo que se pospuso aquello por lo que algún teórico supuso motivo principal del levantamiento en Euskalerría: la reintegración foral. La guerra fue perdida y ello supuso también la derrota de las instituciones vascas, que se pretendía restaurar.

Fue un momento desaprovechado por Euskalerría para fijar un proyecto común alrededor de una misma cultura, una lengua, (entonces todavía muy viva), intereses económicos e incluso religiosos. Rescato como rescoldos de ese sueño, y a modo de caprichosa idea, un intento de los teóricos Miguel Dorronsoro y Cancio Mena de llevar la autonomía del País Vasco Navarro hasta el límite: ostentar una verdadera nacionalidad casi independiente, y otro en 1984 con el manifiesto del grupo carlista titulado: "Lealtad Navarra", firmado en el Santuario de Codés proponiendo proclamar a Carlos Hugo rey del País Vasco.

Dejamos por inocuo el problema dinástico como motivo significativo pues hasta encontramos a un carlista navarro, Ochoa de Olza, que se atrevió a formular el lema de Dios, Fueros, Patria, eliminando al Rey.

Así nos queda fijar la atención en el otro componente cardinal: la Religión, Dios, la Iglesia. Aquí sí haremos un alto.

Ahora sí que parece tenemos suficientes datos escritos para entender ese entusiasmo del soldado, que se incorporó, voluntario o no, al levantamiento. Podemos decir que el pueblo llano de Euskalerría y por supuesto sus clases dirigentes, el de "las cuatro provincias" el de "las provincias hermanas", el pueblo vasco-navarro fue arrastrado por el poderoso motor de la religión. Evidente la profunda religiosidad, de ésta se sirvieron para empujarle a una aventura que acabó en derrota. Ya desde 1865 y desde el púlpito se venía preparando para la guerra a la feligresía. Pretexto: la delicada situación de los Estados Pontificios puesta en peligro por los garibaldinos y la unidad italiana. Se recogían firmas en las parroquias para oponerse.

¿Se podría pensar, visto lo predicado, enseñado, en púlpitos, confesionarios en una guerra de religión? Se podría. Recogemos otra vez el testimonio de Cesáreo Montoya: "era (la guerra) el fruto de la semilla que desde el púlpito y el confesonario venían pidiendo". Una mujer a quien le comunican la muerte de uno de los suyos responde: "Ha muerto por la Religión y el Rey y estará en el cielo" (Pirala). Salto al 36 y yo he oído a un combatiente decir: "salimos por Dios y volvería a salir otra vez por Dios". Una anciana me confesaba: "Era por defender a la Iglesia y a Dios, por lo que se salió". En la del 72 Miguel Dorronsoro en su "Llamamiento a los guipuzcoanos" en documento en fecha de 25 de febrero de 1873 advierte: "nuestras iglesias serán destinadas a cuarteles, establos y otras cosas". El jefe de un batallón arengaba a sus soldados: "Dios es carlista". Cuando se ganaba una batalla corría el "Dios se ha

puesto la boina". El fraile Luis Pentragolini, que se llamó a si mismo Capellán de la Cruz predica: "El Dios de los Ejércitos está con vosotros" y "la espada de Don Carlos es la espada de la Virgen". Los soldados de Lizarraga rezaban el rosario mientras las marchas escuchando las palabras del general: "Dios está con nosotros y la causa por la que combatimos es su propia causa", aunque algunos de sus soldados murmuraban en euskera, "menos rosario y mas ración".

Así se comprende con un fervor fundamentalista la intención de sujetar la vida civil a lo establecido por la Iglesia católica. Sobran los ejemplos pero pondré algunos: el bando que se echa en santa Cruz de Campezo por orden de la Diputación a Guerra de Alava, 11 noviembre, 1873 dice: "todos los individuos de ambos sexos que se distinguan en bailes, diversiones por sus actos obscenos... sean juzgados conforme a fuero", "sean entregadas todas las cajas de fósforos cuyas pinturas ofendan a la religión, moral y buenas costumbres" Diputación del Reino de Navarra. circular num 4.: "toda sociedad bien construida ha de tener por base la religión y moral cristianas" (Diputación a guerra de Alava, Circular num 4. 4.8.1873)"... los ayuntamientos deben prevenir y reprimir todo hecho o publicación inmoral... Se ordena la rigurosa observancia de los días festivos" (Circular de la Diputación de Vizcaya.26.9.1873). Abundan los datos y repasándolos no hay más remedio que recordar los años de la posguerra del 36. Yo los he vivido y ahora pienso que viví la segunda guerra. Termino con cita de Vicente Garmendia: "En la base de la ideología carlista, en la raíz del compromiso de los partidarios carlistas està sin lugar a dudas la defensa de la religión católica". Y otra de Montero Díaz, "la difusión popular de la idea de Cruzada preparó los ánimos de los vasconavarros para toda clase de sacrificios".

Este componente religioso fue el que más caló en el campesinado de las cuatro provincias y lo echó al monte. Un campesinado analfabeto en un alto porcentaje que podía llegar en muchos casos hasta el 75%. Esta guerra de vascos que trajo la desolación del país.